

CAPÍTULO IX.

SIGUEN LAS ANTIGUEDADES EGIPCIAS.

MIENFIS.—ESTATUA DE SESÓSTRIS.

Atravesamos el Nilo, frente del pueblo de Gisé, en un sitio en que el rio es muy ancho y peligroso. Luego que desembarcamos nos dirigimos á la izquierda, dejando á la derecha el desierto y las pirámides, que aunque distantes tres leguas, parecian estar á nuestro lado. Teniamos delante las de Sakara, y nuestro proyecto era ir á dormir allá, despues de visitar las ruinas de Menfis, reservando para el dia siguiente la visita del desierto y de las pirámides de Gisé.

Erá magnífico el camino en que íbamos, porque

los campos de lino, de cebada, de lentejas, de habas, de trigo etc. nos admiraban con su pasmosa vegetacion. A mayor distancia, pacian numerosos ganados en las praderas, cuya yerba de un verde muy variado era tan alta, que ocultaba á nuestra vista una parte considerable de sus cuerpos: mas allá, se entra en el desierto, en que muere esta hermosa naturaleza: aquí se ve la muerte al lado de la vida. Pasamos por aldeas agradablemente situadas pero casi sin habitantes, y toda la poblacion se reduce á algunas mugeres, á niños y viejos, pues los que estaban en estado de llevar armas se los ha llevado Mehemet-Alí para su ejército.

Despues de caminar tres horas, entramos en un gran bosque de palmas, á cuya extremidad pudimos contemplar el suelo de la antigua capital de Egipto, cosa fácil de conocer por la descripcion que de ella dan los sabios, y por los montones de escombros que se encuentran acá y allá en un terreno de muchas leguas de circuito.

Despues de la decadencia de Tebas, llegó á ser Menfis la primera ciudad de Egipto, y residencia de los Faraones: su inmensa poblacion, sus palacios, sus edificios públicos, sus templos, sus monumentos de toda especie, tanto sagrados como profanos, los muchos canales por donde circulaban las aguas del Nilo, su opulencia, sus artes, el genio de sus príncipes, la sabiduría de sus sacerdotes, el juicio de su política, la fama de sus leyes, y de sus iastituciones, todo contribu-

yó á asegurarle el mas alto lugar en el mundo pagano, todo parecia prometerle una perpetua duracion. Pero embriagada Menfis con su grandeza, se creyó omnipotente: con sus ídolos y vanas supersticiones irritó al Dios que habia hecho á José ministro de uno de los Faraones: ingrata esta capital persiguió y oprimió al pueblo de Israel, y era preciso que se cumpliera el anatema pronunciado contra ella por Ezequiel.

„Esto dice el Señor Dios: Caerán por tierra los que sostienen al Egipto, y quedará destruido su soberbio imperio: comenzando desde la torre de Syene, pasados serán á cuchillo los *egipcios*, dice el Señor Dios de los ejércitos.

„Esto dice el Señor Dios: yo destruiré los simulacros, y acabaré con los ídolos de Menfis, y no habrá mas rey propio en la tierra de Egipto, y enviaré el terror sobre ella.

„Y entregaré el Egipto á las llamas. Como la muger que está de parto, sentirá dolores Pelusio, y Alejandría será asolada, y Menfis estará en continua congoja.

„Y ejerceré mi juicio contra el Egipto; y conocerán que yo soy el Señor.”

Al presente y despues de muchos siglos, no queda de una ciudad tan grande, tan poderosa y tan honrada entre las naciones, mas que las ruinas que tenemos á la vista. Las mas considerables estan cerca del pueblo de Mít-Rahinelh: en ciertos lugares se hallan amontonadas, cubiertas de polvo, y recuerdan tanto mas tristemente la nada de las grandezas humanas, cuanto



Retrato de Sesóstris.

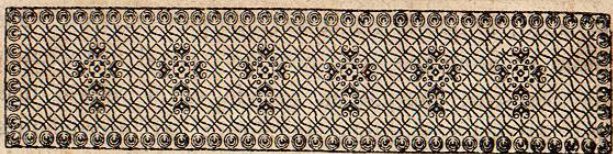
que se asemejan á los montones de tierra acumulada sobre la tumba de los muertos. Recorriéndolas nos detuvimos á ver algunos trozos de piedra, cuyo destino no pudimos adivinar: luego llegamos á una estatua colosal, que segun todos convienen, es de Sesóstris, de la que habla Herodoto. Esta estatua, de una sola pieza de granito rojo de quince varas, está cerca del sitio en que se levantaba el templo de Vulcano, uno de los edificios mas bellos de Egipto. La estatua está caída en tierra de cara; le falta una parte de las piernas que se le han quebrado, todo lo demas se conserva perfectamente y tan completo, que se creeria estar viendo una obra acabada de salir de la mano del escultor. Es notable la espresion de la cara por la nobleza y gracia de las facciones. En la ciudad donde reinó el mas ilustre de los conquistadores y cuyo nombre ha llenado el universo, aquella estatua es todo lo que recuerda su gloria, aquella gloria, que en el estravio del orgullo „el hombre tiene en hacer hablar mucho de sí, en invadir con las armas y la violencia muchas provincias, y en hacer muchos desgraciados,” como dice Rollin. Una estatua mutilada, una cabeza altanera y soberbia que manifiesta á los espectadores mas bien el talento del artista que la hizo, que las facciones y heroismo de su modelo, está cabeza inclinada mas ignominiosamente sobre la tierra, que las de los monarcas y príncipes vencidos, que aquel conquistador unció á su carro; ved aquí todo lo que el tiempo ha respetado del *Rey de los reyes*, y señor

de los señores, como él mismo mandó que se le llamara. Inclinado yo sobre este resto, me puse á considerarlo con ojos pensativos y en silencio. Aunque en el curso de mi vida, mezclada de estrañas vicisitudes, habia asistido á las mas estupendas escenas de un espectáculo en que la vanidad humana se elevó á tal altura que por algun tiempo se creyó el árbitro absoluto de los destinos del universo; aunque despues de haber esa vanidad, si no uncido, á lo ménos arrastrado á su carro pontífices y reyes, cayó á mi vista súbitamente y como una masa de plomo al abismo de la nada, jamas esta nada de las cosas del mundo me ha conmovido mas, ni he admirado mas profundamente los inefables caminos de la Providencia, que en presencia de este coloso que he visto volcado delante de los escombros de un templo que desapareció, y en el sitio mismo de una ciudad que, de todós los monumentos de su esplendor y magnificencia, no ha podido transmitirnos mas que algunas piedras por lo comun informes, y algunas cenizas.

Dentro de este recinto donde estaban los principales monumentos de Menfis, dice Champollion, hemos visto el gran coloso desenterrado por M. Caviglia. Deseaba yo vivamente examinar este monumento, del que habia oido hablar muchísimo, y confieso que fui sorprendido agradablemente al encontrar un magnífico trozo de la escultura egipcia. El coloso de cuyas piernas ha desaparecido una parte, no baja de 34 pies y medio de tamaño. Está caído de cara sobre

el suelo, lo que la ha conservado perfectamente. Me bastó su fisonomía para reconocer en él una estatua de Sesostris, porque en grande es el retrato mas fiel del bello Sesostris de Turin: las inscripciones del brazo, del pectoral y de la cintura confirmaron mis ideas, y así no cabe duda de que en Turin y en Menfis hay dos *retratos* del mas grande de los Faraones. Mandé diseñar esta cabeza con estremada exactitud, y copiar todas sus inscripciones. Esta estatua representa á Sesostris con el morrion jstriado en la cabeza, y el penacho encima: tiene al cuello un collar de siete hilos que rematan en uno de perlas: sostienen dos cordones el rico pectoral, en cuyo centro hay una inscripcion en relieve que espresa el sobrenombre del rey protegido por el dios Vulcano y la diosa Pascht de cabeza de leon: une el cinturon un broche que tiene tambien grabados los nombres y sobrenombres del príncipe, y un grande puñal cuyo puño está adornado con dos cabezas de gavilan respaldadas, pasa por debajo del cinto en una direcciou muy inclinada; la hoja parece contenida en una vaina que imita un rollo ó hacedito de varillas y remata en un boton como de punto de lanza: tiene tambien unos brazaletes sencillos en los puños, y un papiro enrollado en la mano izquierda.





CAPITULO X.

MONTAÑA DE LOS JUDIOS.—GESSEN.

A dos ó tres millas de Abouzabel está un cerro muy elevado que llaman los árabes *la montaña de los Judíos*. Mr. Hamont me llevó á este lugar, muy visitado de los viajeros: al paso que se acerca uno á ella, la montaña de los Judíos parece un grande monton de escombros: despues de pasar un canal que ahora está seco, subimos á ciertas alturas cubiertas de ladrillos y de tierras ennegrecidas con el sol, y es preciso recordar el modo de construir que tenian los antiguos egipcios, para saber que hubo allí una ciudad en otro tiempo, como me sucedió en Sais: entre las ruinas se ven algunas cavidades que podrian tener-

se por cámaras sepulcrales, y paredones que aun están enteros. Para recorrer este recinto abandonado, es preciso bajar alternativamente por barrancos y subir por terrenos escarpados, y por todas partes hay arena, ladrillos crudos, tiestos, todo mezclado, de manera que para formarse alguna idea de esta confusion es preciso figurarse una *forma de letra empastelada*, forma donde estuvieran expresados los pensamientos mas nobles, y que despues solo ofrece un monton informe de letras de polmo, mezcladas en desórden sin quedar en pié una frase ó palabra: este es el único modo con que puedo pintar á esta antigua ciudad.

Esta parte del Egipto fué en otro tiempo *el pais de Gessen*; aquí se debe buscar la posicion que llamaron los romanos *Campamento de los judíos*, en este lugar vecino al desierto colocó la geografia sagrada el lugar que la Escritura llama *Onion*, en el cual el pontífice Onias hizo edificar un templo, rival del de Jerusalem: allí tambien habian ántes construido los israelitas dos ciudades en tiempo de su esclavitud, llamadas Ramessés, y Phithom, y no es inverosímil que la *montaña de los Judíos* ocupe el lugar de una de estas ciudades; allí se han descubierto vasos y estatuas de bronce, y ya se sabe que los judíos eran diestros en trabajar los metales.

Despues de visitar las ruinas de la antigua ciudad, recorrimos un recinto que bien pudo ser un cementerio; pero nada dicen las piedras ni pudimos confirmar estas conjeturas. Desde la cumbre de la monta-

ña de los judíos se derramaban nuestras miradas por todos lados sobre un inmenso horizonte: al Oriente se ve el barrio de Tintah, al Mediodía el monte Mokatan y el obelisco de Heliópolis, al Poniente las pirámides de Gisé. El aspecto de las pirámides por donde quiera que se vean, produce en el espíritu del viajero una viva impresion; pero esta es mas profunda cuando se perciben estas masas eternas desde algunas grandes ruinas, y cuando se tiene bajo los piés la tumba de una ciudad.

Recorriendo con la vista el pais en que estoy, confieso que á veces me olvido de Menfis y de Tebas, y que me ocupo mas gustoso de los recuerdos bíblicos. Siento que los viajeros modernos que han descrito con tanta esactitud otros lugares de Egipto, se hayan descuidado tanto de la tierra de Gessen: siento que no se haya formado un mapa circunstanciado de esta, y así reconocer todos los lugares que habitaron los hijos de Jacob, de cuya manera podriamos seguir al pueblo de Dios en su salida de Egipto en medio de una larga serie de milagros, y recordar aquella sublime epopeya que comenzó en la ribera oriental del Nilo, y terminó en la orilla del Jordan. Cuando en el último Julio volvia yo á leer la Iliada en los campos donde estuvo Troya, me parecia poético cuanto me rodeaba, y caminaba de maravilla en maravilla; pero leyendo el Exodo en el pais de Gessen, otros son los prodigios que vienen á la memoria. ¡Qué espectáculo aquel en que pasan delante de los ojos las pla-

gas de Egipto, desde la conversion de las aguas en sangre, desde la calamidad de los moscardones y las ranas, desde la granizada, la sequedad y la peste, hasta la desolacion de aquellas noches llenas de terribles fantasmas, y de tinieblas tan espesas que se podian tocar con las manos, hasta la esterminacion de los primogénitos en todas las familias egipcias, desde la del rey hasta la del esclavo molinero. Aquí no es como en la Iliada, el Simois, quien lleva rodando los morriones y los cuerpos de los héroes, no es el Escamandro el que hincha sus aguas, sale de madre, y arranca de cuajo los árboles para contener al ardiente hijo de Tetis; es el mar el que abre sus abismos, y que se levanta en dos muros para que pase Israel. El Señor, añade la Escritura, miró al ejército de Faraon, y este ejército cayó al fondo del mar, como una piedras ó como una masa de plomo. Homero á veces nos pinta á los dioses del Olimpo, mezclados con los griegos y troyanos en los combates; pero todos estos dioses ¿tendrán la magestad de Jehovah que metido en una nube luminosa marcha delante de los batallones de Jacob? ¿Quién podrá comparar al poderoso Júpiter tronando sobre el monte Gargaro, y á este padre de los dioses teniendo en la mano sus balanzas de oro, con el Dios de los ejércitos cuyo pedestal es el firmamento, y á quien los israelitas no se atraven á mirar á la cara de miedo de morir? Me admiro que ningun poeta haya tomado por asunto de sus cantos al pueblo de israel al salir del pais de Gessen. ¡Cuánta poe-

sía hay en la vida de esta nacion escogida de Dios, á quien defendió y protegió en medio de los peligros, como el águila protege con las alas á sus polluelos! ¡Qué escenas tan animadas, en las desgracias, los combates, las pasiones de aquel pueblo de corazon tenaz; que muchas veces echó en cara á su conductor el haberlo llevado al desierto, y que muchas veces tambien mezcló á sus cantos sagrados, murmuraciones contra Dios!

¡Cuánto ha excedido en grandeza el conductor de los hebreos á los héroes celebrados en la epopeya profana! De infante, un milagro lo salvó de las aguas, y prodigios numerosos anunciaron su mision: vió á Jehovah en las nubes del Sinai, y le habló como un hombre le habla á otro hombre: él no está armado de un broquel divino como el invencible Aquiles y el piadoso Eneas; su carro no vuela sobre el polvo, no lleva en la frente ni morrion de bronce ni brillante penacho; pero la magestad del Todopoderoso echa rayos de su frente, su vara manda á los elementos, y en sus manos están las tablas de la ley. ¿Qué cosa hay que mas pudiera animar la inspiracion de los poetas? Y el que hubiera cantado todos estos prodigios, ¿no podria decir como Moises en su último cántico? *Escuchad mi voz, pueblos de la tierra.*

Si yo tuviera tiempo y fuerzas para ello, seguiria el camino de los hebreos hácia el mar Rojo, lo seguiria en todas las soledades que nombra la Escritura, y que son hoy lo que eran entónces: buscaria en el límite del desierto el lugar llamado *Soccóth* donde fueron á acampar

el primer dia de su partida, y adelantándome con ellos bácia el golfo de Suez, reconoceria su segunda mansion que el Exodo llama *Phihahiroth* y que hoy conserva casi el mismo nombre. Mas allá del golfo visitaria el desierto de *Sin* donde las codornices viageras llegan todavia en la estacion de su tránsito, y se dejan coger con la mano como en tiempo de los hebreos (*): recorreria la soledad de *Sin*, donde el maná semejante á los granos de cilantro comenzó á caer alrededor de las tiendas de Israel: acompañaria á los hijos de Jacob á la fuente milagrosa de Horeb, á los pozos de Mara de aguas amargas, y me detendria en el desierto de Elim en el lugar *de las doce fuentes y de las setenta palmas*. Prolongaria mi viage hasta las ardientes arenas de *Caleb* y de *Pharán*, donde los viageros modernos han hallado una espantosa multitud de serpientes y escorpiones que suscitó Jehovah contra su pueblo ingrato. Pero no me es dado hacer tan larga peregrinacion, ni veré la tierra de Canaan como Moises desde la cumbre del monte Nebo: por eso sentado sobre las ruinas que cubren á la *montaña de los judíos*, y no teniendo delante otra perspectiva que la de un desierto sin nombre, me veo precisado á buscar en los libros las verdades de la historia y de la geografia, y leo alternativamente el Exodo, el libro de los Números, y los antiguos historiadores profanos.

(*) El milagro, dice Calmet, consistió principalmente en que Dios hizo soplar un viento que llevó al campamento las codornices, y esto al tiempo preciso que habia señalado de antemano el Señor.